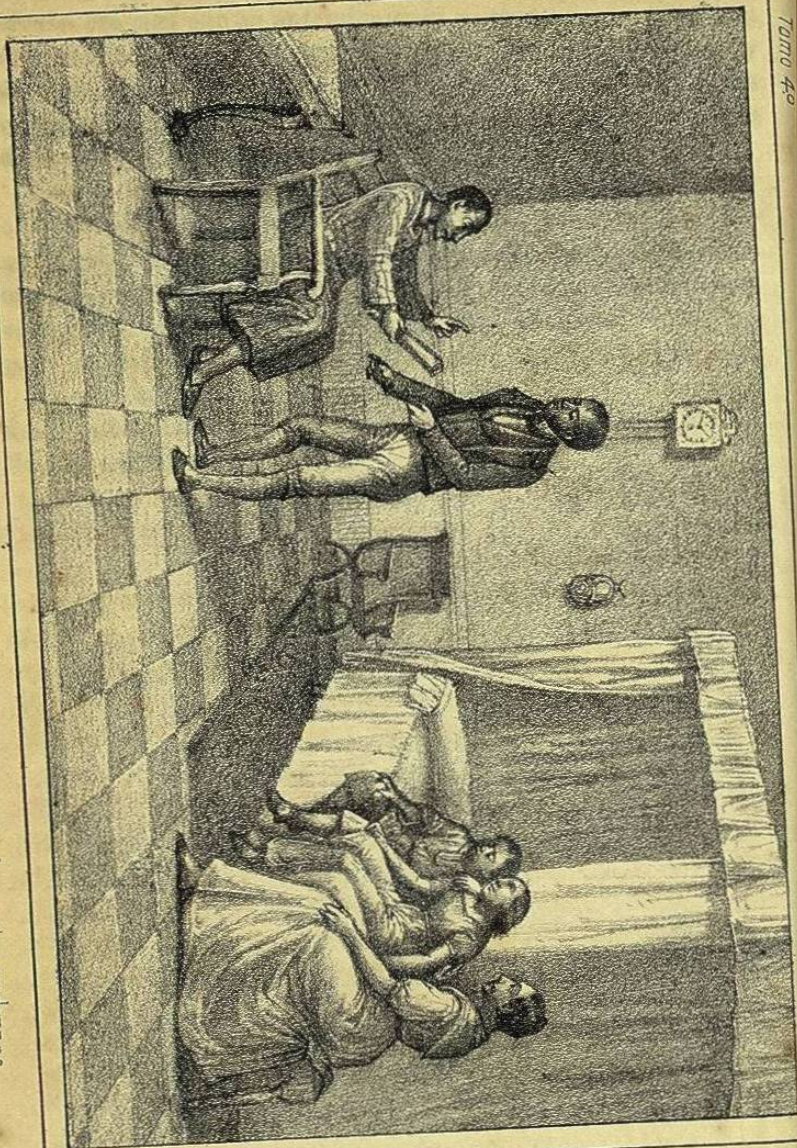


En este instante dejé á mi amigo el Pensador mis comunicados y estos cuadernos.



Tomo 4o

## NOTAS DEL PENSADOR.

---

Hasta aquí escribió mi buen amigo D. Pedro Sarmiento, á quien amé como á mí mismo, y lo asistí en su enfermedad hasta su muerte con el mayor cariño.

Hizo llamar al escribano y otorgó su testamento con las formalidades de estilo. En él declaró tener cincuenta mil pesos en reales efectivos puestos á réditos seguros en poder del conde de San Telmo, segun constaba del documento que manifestó certificado por escribano y debia de obrar cosido con el testamento original, y seguia

It. Declaro que es mi voluntad que pagadas del quinto de mis bienes las mandas forzosas y mi funeral, se distribuya lo sobrante en favor de los pobres decentes, hombres de bien y casados, de este modo: si sobran nueve mil y pico de pesos, se socorrerán á nueve pobres de los dichos que manifiesten al albacea que queda nombrado, certificacion del cura de su parroquia en que conste son hombres de conducta arreglada, legítimos pobres, con familias pobres que sostener, con algun ejercicio ó habilidad, no tontos ni inútiles, y á mas de esto con fianza de un sujeto abo-

nado que asegure con sus bienes responder por mil pesos que se le entregarán para que gire y busque su vida con ellos: bien entendido de que el fiador será responsable á dicha cantidad siempre que se le pruebe que su ahijado la ha malversado; pero si se perdiere por suerte del comercio, robo, quemazon ó cosa semejante, quedarán libres de responsabilidades así el fiador como el agraciado.

Declaro: que aunque pudiera con nueve mil pesos hacer limosna á veinte, treinta, ciento ó mil pobres, dándoles á cada uno una friolera como suele hacerse, no lo he determinado porque considero que estos no son socorros verdaderos; y si lo serán en el modo que digo, pues es mi voluntad, que despues que los so corridos hagan su negocio y aseguren su subsistencia, devuelvan los mil pesos para que se socorran otros pobres.

Declaro tambien: que aunque pudiera dejar limosnas á viudas y doncellas, no lo hago, porque á éstas siempre les dejan los mas de los ricos, y no son las primeras necesitadas, sino los pobres hombres de bien, de quienes jamás ó rara vez se acuerdan en los testamentos, creyendo, y mal, que con ser hombres tienen una mina abundante para sostener sus familias.

De este modo fueron sus disposiciones testamentarias. Concluidas, se trató de administrarle los Santos Sacramentos de la Eucaristía y Extrema-Uncion. Le dió el Viático su muy útil y verdadero amigo el padre Pelayo. Asistieron á la fñcion sus amigos D. Tadeo, D. Jacobo, Anselmo, Andrés, yo y otros muchos. La música y la solemnidad que acompañó este acto religioso, infundia un respetuoso regocijo, que se aumentó en todos los asistentes al ver la ternura y devocion con que mi amigo recibió el cuerpo del Señor Sacramentado. El perdon que á todos nos pidió de sus escándalos y extravíos, la exhortacion que nos hizo y la uncion que derramaba en sus palabras, arrancó las lágrimas de nuestros ojos, dejándonos llenos de edificacion y de consuelo.

Pasados estos dulces trasportes de su alma, se recogió, dió gracias, y á las dos horas hizo que entraran á su recámara su mujer y sus hijos.

Sentado yo á la cabecera, y rodeada su familia de la cama, les dije con la mayor tranquilidad. “Esposa mia, hijos míos, no dudareis que siempre os he amado, y que mis desvelos se han consagrado constantemente á vuestra verdadera felicidad. Ya es tiempo que me aparte de vosotros para no vernos hasta el último dia de los siglos. El Autor de la naturaleza llama ya á las puertas de mi vida: él me la dió cuando quiso, y cuando quiere cumple la naturaleza su término. No soy árbitro de mi existencia: conozco que mi muerte se acerca, y muero muy conforme y resignado en la divina voluntad. Escusad el exceso de vuestro sentimiento. Bien que sintais la falta de mi vista como pedazos que habeis sido de mi corazon, debereis moderar vuestra aficcion, considerando que soy mortal y que tarde ó temprano mi espíritu debia desprenderse de la masa corruptible de mi cuerpo.

“Advertid que mi Dueño y el Dueño de mi vida es el que me la quita, porque la naturaleza es inmutable en cumplir con los preceptos de su Autor. Consolaos con esta cierta consideracion y decid: el Señor me dió un esposo, el Señor me dió un padre, él nos lo quita; pues sea bendito el nombre del Señor. Con esta resignacion se consolaba el humilde Job en el extremo de sus amarguísimos trabajos.

“Estos pensamientos no inspiran el dolor ni la tristeza, sino antes unos consuelos y regocijos sólidos, que se fundan no ménos que en la palabra de Dios y en las máximas de la sagrada religion que profesamos. Quédese la desesperacion para el impío, y para el inerédulo la duda de nuestra futura existencia, mientras que el católico arrepentido y bien dispuesto confía con mucho fundamento, que Dios, en cumplimiento de su palabra, le tiene perdonados sus delitos, y sus deudos con la misma

“seguridad piadosamente creen que no ha muerto, sino que ha pasado á mejor vida.

“Con que no lloreis, pedazos míos, no lloreis. Dios os queda para favoreceros y ampararos, y si cumplís sus divinos preceptos y confiais en su altísima Providencia, estad seguros de que nada, nada os faltará para ser felices en esta y en la otra vida.

“Procurad, sí, manejaros en la presente con juicio y honor en cualquiera que sea el estado que abrazareis. Tú, Margarita, si pasares á segundas nupcias, lo que no te impido, trata de conocer el carácter de tu esposo ántes de que sea tu marido, pues hay muchos Periquillos en el mundo, aunque no todos conocen y detestan sus vicios como yo. Una vez conocido por hombre de bien y de virtud, y con la aprobacion de mis amigos, únete con él enhorabuena; pero procura siempre captarle la voluntad alabándole sus virtudes y disimulándole sus defectos. Jamás te opongas á su gusto con altanería, y mucho ménos en las cosas que te mandare justas: no disipes en modas, paseos ni extravagancias lo que te dejo para que vivas: no tomes por modelo de tu conducta á las mujeres vanas, soberbias y locas: imita á las prudentes y virtuosas. Aunque mis hijos ya son grandes, si tuvieses otros no prefieras en cariño á ninguno: trátalos á todos, igualmente á todos, pues todos son tus hijos, y de este modo enseñarás á tu marido á portarse bien con los malos, los harás á todos hermanos, y evitarás las envidias que suscita en estos casos la preferencia: sé económica y no desperdicies en bureos lo que te dejo ni lo que tu marido adquiera: sábetes que no es tan fácil ganar mil pesos, como decir tuve mil pesos; pero decir tuve en medio de la miseria, es sobremanera doloroso: últimamente, hija mía, has por no olvidar las máximas que te he inspirado: huye la maldita pasion de los celos, que léjos de ser útil es perniciosa á las infelices mujeres, y la total y última causa de su ruina: aunque tu marido por desgracia tenga un extravío, disimúlasele, y entónces hazle mas cariño y mas apre-

“cio, que yo te aseguro que él conocerá que tu mérito se aventaja al de las prostitutas que adora, y al fin se reducirá, te pedirá perdón y te amará con doble extremo.

“A vosotros, hijos de mi corazón, ¿qué puedo decir? Que seais humildes, atentos, afables, benéficos, corteses, honrados, veraces sencillos, juiciosos y enteramente hombres de bien. Os dejo escrita mi vida para que veais donde se estrella por lo común la juventud incauta; para que sepais donde están los precipicios para huirlos, y para que conociendo cuál es la virtud y cuántos los dulces frutos que promete, la profeseis y la sigais desde vuestros primeros años.

“Por tanto, amad y honrad á Dios y observad sus preceptos: procurad ser útiles á vuestros semejantes: obedeced á los gobiernos sean cuales fueren: vivid subordinados á las potestades que os mandan en su nombre: no hagais á nadie daño, y el bien que podais no os detengais á hacerlo. Guardaos de tener muchos amigos. Este consejo os lo recomiendo con especialidad: ved que os hablo con esperiencia. Un hombre solo, por malo que sea, si anda solo y sin amigos, él solo sabe sus crímenes: á nadie escandaliza en lo particular, y ninguno es testigo de ellos: cuando por el contrario, el truchiman y el pícaro lleno de amigos, tiene muchos á quienes dar mal ejemplo, y muchos que testifiquen sus infamias.

“Fuera de que, como vereis en mi vida, hay muchos amigos, pero pocas amistades. Amigos sobran en el tiempo favorable; pero pocos ó ninguno en el adverso. Tened cuidado con los amigos y experimentadlos. Cuando hallareis uno desinteresado, verdadero y á todas luces hombre de bien, amadlo y conservadlo eternamente; pero cuando en el amigo advirtiereis intenciones, doblez ó mala conducta, reprochadlo y jamás os fieis de su amistad.

“Por último: observad los consejos que mi padre me escribió en su última hora cuando yo estaba en el noviciado, y os que-

“dan escritos en el capítulo XII del tomo 1º de mi historia. Si cumplís exactamente, yo os aseguro que sereis mas felices que vuestro padre.”

Pasados estos y otros coloquios semejantes, abrazó D. Pedro á sus hijos y á su mujer, les dió muchos besos y se despidió de ellos, haciéndome llorar amargamente, porque los extremos de la señora y los niños desmintieron toda la filosofía del razonamiento preventivo. Los llantos, las lágrimas y los extremos fueron lo mismo que si el enfermo no hubiera hablado una palabra.

Por fin quedó el paciente solo y me dijo: ya es tiempo de desprenderme del mundo y de pensar solamente en que he ofendido á Dios y que deseo ofrecerle los dolores y ansias que padezco en sacrificio de mis iniquidades. Haz que venga mi confesor el padre Pelayo. Como este eclesiástico era buen amigo, no faltaba del lado de los suyos á la hora de la tribulacion. Apenas se desnudó la muceta, cuando volvió á casa á consolar á su hijo espiritual. Antes que yo saliera de la recámara entró él, y preguntó á D. Pedro ¿cómo se sentia? Voy por la posta, dijo el enfermo: ya es tiempo que no te apartes de mi cabecera, te lo ruego encarecidamente: no porque tengo miedo de los diablos, visiones ni fantasmas que dicen que se aparecen á esta hora á los moribundos. Sé que el pensar que todos los que mueren ven estos espectros es una vulgaridad, porque Dios no necesita valerse de estos títeres aereos para castigar ó aterrorizar al pecador. La mala conciencia y los remordimientos de ella en esta hora son los únicos demonios y espantajos que mira el alma, confundida con el recuerdo de su mala vida, su ninguna penitencia, y el temor servil de un Dios irritado y justiciero: lo demás son crederas del vulgo necio.

Para lo que quiero que estés conmigo, es para que me impartas los auxilios necesarios en esta hora, y derrames en mi corazon el suave bálsamo de tus exhortaciones y consuelos.

No te apartes de mí hasta que espire, no sea que entre aquí

algun devoto ó devota que con el *Ramillete* ú otro formulario semejante me empiece á jesusear, machacándome el alma con su frialdad y sonsonete, y quebrándome la cabeza con sus gritos desaforados.

No quiero decir que no me digan Jesus, ni Dios permita que hablara yo tal idioma. Sé muy bien que este dulce nombre es sobre todo nombre: que á su invocacion el cielo se goza, la tierra se humilla y el infierno tiembla; pero lo que no quiero es que se me plante á la cabecera algun buen hombre con un librito de los que te digo: que tal vez empiece á delétrear, y no pudiendo, tome la ordinaria cantinela de “Jesus te ayude, Jesus te ampare, Jesus te favorezca,” no saliendo de esto para nada, y conociendo él mismo su frialdad quiera inspirarme fervor á fuerza de gritos, como lo he observado en otros moribundos. Por Dios, amigo, no consientas á mi lado éstos, que léjos de ayudarme á bien morir, me ayudarán á morir mas presto. Tú sabes que en estos momentos lo que importa es mover al enfermo á contricion y confianza de la divina misericordia: hacerlo que repita en su corazon los actos de fé, esperanza y caridad: ensancharle el espíritu con la memoria de la bondad Divina, acordándole que Jesucristo derramó por él su sangre y es su medianero, y por fin ejercitándolo en actos de amor de Dios, y avivándole los deseos de ver á su Magestad en la gloria.

Esto propiamente es ayudar á bien morir, pero no pueden hacerlo todos, y los que tienen instruccion y gracia para ello, no se valen de aquellos gritos con que los tontos, léjos de auxiliar al moribundo, lo espantan é incomodan.

Tambien te ruego que no consientas que las señoras viejas me acaben de despachar con buena intencion, echándome en la boca y en estado de agonizante, caldo de sustancia ni agua de la palata. Adviérteles que esta es una preocupacion con que abrevian la vida del enfermo, y lo hacen morir con dobles ansias. Diles que tenemos dos cañones en la garganta llamados esófago

y laringe. Por el uno pasa el aire al pulmon, y por el otro el alimento al estómago; mas es menester que les adviertas, que el cañon por donde pasa el aire está primero que el otro por donde pasa el alimento. En el estado de sanidad, cuando tragamos tapamos con la valbulita, que se llama *glotis*, el cañon del aire, y quedando cerrado con ella, pasa el alimento por encima al cañon del estómago como por sobre un puente. Esta operacion se hace apretando la lengua al paladar en el acto de tragar, de modo que nadie tragará una poca de saliba sin apretar la lengua para tapar el cañon del aire, y cuando por un descuido no se hace esta diligencia y se va aunque sea una gota de agua, lo que llaman irse al galillo, el pulmon que no consiente mas que el aire, al momento sacude aquel cuerpo extraño, y á veces con tal violencia que se arroja hasta por las narices dicho cuerpo si es líquido. Cuando el agua v. g. que se ha ido al pulmon pesa mas que el aire que hay dentro, se ahoga el paciente; y si es muy poca, la arroja éste, como se ha dicho.

Despues que hagas esta esplicacion á las viejas, adviérteles que el agonizante ya no tiene fuerza, y acaso ni conocimiento para apretar la lengua; de consiguiente, cuando le echan en la boca se vá al pulmon, y si no tose es ó porque esta entraña está dañada, ó porque ya no tiene fuerza para sacudir, con lo que espira el enfermo mas breve. Díles todo esto, y que lo mas seguro es humedecerles la boca con unos algodones mojados, aunque todas estas diligencias son mas para consuelo de los asistentes que para alivio de los enfermos.

En fin, Pelayo, por vida tuya haz que velen mi cadáver dos dias, y no le den sepultura hasta que no estén bien satisfechos de que estoy verdaderamente muerto, pues no quiero ir á acabar de morir al camposanto como han ido tantos, especialmente mujeres parturientas, que no teniendo sino un largo síncope, han muerto ántes de tiempo, y los ha enterrado vivos la precipitacion de los dolientes.

Acabó D. Pedro de hablar con el padre confesor estas cosas, y me dijo: Compadre, ya me siento demasiado débil, creo que se acerca la hora de la partida, haz llamar al vecino D. Agapito [que era un excelente músico], y dile que ya es tiempo de que haga lo que le he prevenido.

Luego que el músico recibió el recado, salió á la calle, y á poco rato volvió con tres niños y seis músicos de flauta, violin y clave, y entró con ellos á la recámara.

Nos sorprendimos todos con esta escena inesperada, y mas euando comenzando á agonizar el enfermo, comenzaron tambien los niños á entonar con dulces voces y acompañados de la música, un himno compuesto para esta hora por el mismo Don Pedro.

Nos enternecimos bastante en medio de la admiracion con que ponderábamos el acierto con que nuestro amigo se hacia ménos amargo aquel funesto paso. El padre Pelayo decia: vean vdes., mi amigo si ha sabido el arte de ayudarse á bien morir. Con cualquier poco conocimiento que conserve ¿cómo no lo despertarán estas dulces voces y esta armoniosa música los tiernos afectos que su devocion ha consagrado al Sér Supremo?

En efecto, se cantó el siguiente

#### HIMNO AL SER SUPREMO (1).

Eterno Dios, inmenso,  
Omnipotente, sábio, justo y santo,  
Que proteges benigno  
Los séres que han salido de tus manos:

El debido homenaje  
A tu alta magestad, te rindo grato,

[1] Para este himno se han tenido presentes las correcciones y variaciones del manuscrito de que se habló en la nota de la pág. 146.—E.

Porque en mis aflicciones  
Fuiste mi escudo, mi sostén, mi amparo.

Y cuando sumergido  
En el cieno profundo busqué en vano  
A quien volver mis ojos  
Entumecidos de llorar; é hinchados,

Estendiste en mi ayuda  
Tu generosa y compasiva mano,  
Que libre del peligro  
Al puerto me condujo ileso y salvo.

Tú, Señor, desde entónces,  
Con impulso robusto has guiado  
Por el camino recto  
Mis vacilantes y extraviados pasos.

Mis vicios me avergüenzan,  
Mis delitos detesto: con mi llanto  
Haz, mi Dios, que se borren,  
Los asientos del libro de los cargos.

Y en esta crítica hora  
No te acuerdes, Señor, de mis pecados,  
A los que me arrastraba  
La inexperiencia de mis pocos años.

Recuerda solamente  
Que aunque perverso, pecador, ingrato,  
Soy tu hijo, soy tu hechura,  
Soy obra, en fin, de tus divinas manos.

Si te ofendí yo mucho,  
Mucho me pesa, y mucho mas te amo,

Como á padre ofendido  
Que mis crímenes tiene perdonados.

Seguro en tus promesas  
Invoco tus piedades, y en tus manos  
*Mi espíritu encomiendo:*  
Recíbelo, Señor, en tu regazo.

Dos veces se repitió el tierno himno, y en la segunda, al llegar al verso que dice: *En tus manos mi espíritu encomiendo*, lo entregó nuestro Pedro en las manos del Señor, dejándonos llenos de ternura, devocion y consuelo.

A la noticia de su muerte, acaecida á fines del mismo año de 1813, se estendió el dolor por toda la casa, manifestándolo en lágrimas no solo su familia, sino sus amigos, sus criados y favorecidos que habian ido á ser testigos de su muerte.

Se veló el cadáver, segun dijo, dos dias, no desocupándose en ellos la casa, de sus amigos y beneficiados que lloraban amargamente la falta de tan buen padre, amigo y bienhechor. Por fin se trató de darle sepultura.